

Memorias de un danzante retirado

Jamás pensé que aquellos lazos pudiera bailarlos bien, pero viendo como ocho danzantes se coordinaban al viento convirtiendo en arte aquel extraño movimiento en el que calles largas y cortas se entremezclan bajo absoluta ley, comencé a pensar que tal vez, aquellos ritmos del tamborcillo y la dulzaina eran algo más que música, quizás magia, al encontrarse con esas letras que con gran hazaña fueron escritas tiempo atrás en un papel.

Volvió entonces a mí años después y en un propicio momento aquel raro pensamiento, porque vestido ya con esas ropas, bailaba bajo el sol la jota y paloteaba también. La típica danza lo sé, no es algo banal ni del momento, pues la historia sabe que este evento, aunque sea terrenal, no tiene precuela ni final, ni es solo carabañuela o palos ya que esconde mucho más.

Frente a la Iglesia y créanme, que la fecha no la sé, añoraba el fresco de la sombra siempre ansiada en aquel mes, aunque no sentía agotamiento alguno a pesar de lo inoportuno de la sed, y al tiempo que me despojaba del pañuelo lo volví a ver, pues ocurre algo que aún me asombra y que desde que tengo memoria ocurre siempre tras torcer.

Y es que, entre el murmullo de la batalla, entre sonrisas y palabras, nace un sepulcral silencio que penetra la piel. Miro entonces tu cansado rostro con confianza y comprendo por qué el gentío en agosto se cita a volver, justo cuando se alza la voz quebrada de un valiente chiborra que aparece de la nada sin florituras pero con fe, y escucho absorto casi sin querer su verso con templanza. Y al fin, con los otros guías y los

cuatro panzas, oigo un grito de esperanza: ¡Que viva Villafrades, su patrona y su típica danza!

Dalton Z